

## Prólogo

Aún nos domina un pensamiento binario que nos lleva inconscientemente a trazar líneas separadoras entre teoría y práctica, ciencia y humanidades, ciencia básica y ciencia aplicada. Líneas que en el siglo XXI se han borrado, si es que alguna vez han sido trazos diáfanos. Nunca fueron cesuras, más bien, cuestión de grado porque, como nos enseñó Kant, es una exageración metodológica distinguir la teoría de una práctica que es su consecuencia natural, tampoco tiene sentido creer que las humanidades no son ciencia, y menor sentido aun tiene pensar que podemos distinguir con claridad entre lo básico y lo aplicado en las ciencias, en todas las ciencias.

Decía Adam Smith que la ciencia es el producto de la necesidad humana de orientarse en el caos de la naturaleza. Probablemente así es. Probablemente no es la curiosidad sobre lo desconocido, sino la necesidad de sobrevivir a lo que no conocemos, de ordenar lo que nos rodea, físico o emocional, para seguir sobreviviendo lo que explica la pulsión por la ciencia del ser humano. Como dice López Otín, la ciencia permite desentrañar los fenómenos naturales para corregir sus imperfecciones. Si la ciencia, sea cual sea, es un empeño por explicar la vida y el universo para poder abrirnos paso en su caos y exorcizar sus riesgos y peligros, ¿qué sentido tiene hacerlo si nadie lo sabe, si nadie conoce la orientación correcta y la forma de sortear los peligros que nos proporciona la ciencia? ¿Qué sentido tiene todo el esfuerzo por desentrañar los secretos de la vida, física o emocional, si no le sirve a alguien para vivir mejor? La ciencia, la investigación no tienen sentido si no obedecen a un propósito: comprender el universo y transmitírselo a otros para que lo comprendan y puedan orientarse y sobrevivir a su caos. Por esa razón, la ciencia sin divulgación, sin transferencia, es una especulación estéril.

La transferencia del conocimiento es un paso más de la divulgación. La ciencia alcanza su plenitud si se difunde y comunica al conjunto de la sociedad, si se la ofrece y se pone a su disposición para adquirir esos necesarios mimbres cognitivos que nos

ayudan a desarrollarnos en un mundo cada día más complejo y exigente. La transferencia constituye un paso más allá de la divulgación. No se limita a extender el conocimiento, lo transforma en un instrumento para el dominio de las emociones o de la naturaleza; es un instrumento de transformación del entorno para poder orientarnos en el caos de la realidad. Esta idea pudiera sugerir, equivocadamente, que la ciencia, para serlo, debe crear bienes o productos, que debe ser «útil». En estos tiempos en que lo útil tiene mala prensa, acaso conviene reivindicar que lo útil no debe confundirse con un grosero utilitarismo. Algo es útil porque sirve a un propósito. Ese propósito puede ser de cualquier índole, pero el conocimiento tiene sentido si sirve al propósito de hacer de este mundo el mejor de los posibles a través de su comprensión profunda, que nos ayude a corregir sus imperfecciones, siempre amenazantes y en ocasiones letales. La forma de completar ese destino del saber es transformarlo en herramientas que nos ayuden a vivir mejor y hacer mejor el mundo.

Del mismo modo que hay distintas ciencias, hay distintas maneras de transferirlas. Con demasiada frecuencia se tiende a identificar la transferencia con crear instrumentos o artefactos para dominar la naturaleza y sus secretos. Este es un libro valioso y valiente porque justamente rompe ese pensamiento, no por más extendido menos erróneo. Porque transferir es transformar el entorno. Esa transformación sucede de formas muy variadas. En unos casos, no pocos, el simple hecho de divulgar lo que se conoce es una transferencia de considerable valor, porque esa divulgación es en sí misma transformadora. No olvidemos que la primera y más importante transferencia que hace la universidad es lo que hace su profesorado en sus clases, su actividad docente. El conjunto de trabajos que componen esta publicación ilumina un nuevo camino, donde se difuminan las fronteras entre lo teórico y lo práctico, lo básico y lo aplicado, la divulgación y la transferencia, y todo ese pensamiento binario que nos hace perder de vista el poder inmenso de transformación de las ideas. Y en este ámbito, las humanidades son imbatibles.

La idea de un mundo gobernado por la ley, única garante de la libertad, la igualdad y la fraternidad entre los seres humanos, ha provocado una de las transformaciones más radicales de las últimas centurias, hasta el punto de haber cambiado el mundo por completo. ¿Qué mayor acto de transferencia que este? Una transformación provocada por una idea. Una idea nacida no de un laboratorio, sino de un puñado de libros concebidos por humanistas. Este libro invita a reflexionar desde distintas perspectivas sobre cuánto poder tienen las ideas alumbradas en las humanidades.

IGNACIO VILLAVARDE

*Rector de la Universidad de Oviedo*